

SEMENARIO

LITERARIO

Gente Joven

«NUESTRAS COSAS»

por JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

Si no fuéramos nosotros, los redactores de GENTE JOVEN unos pobres muchachos que prescindimos en absoluto, de los gustos de las gentes para vivir con arreglo á nuestro capricho, era para echarse á temblar con esos enemigos ocultos que nos surjen á cada esquina, con esos consejeros que nos llenan el magín de reflexiones prudentes, con esos pobres degenerados, compañeros nuestros muy queridos, que no pueden perdonarnos el terrible delito de escribir un artículo cada semana, viviendo en plena calle, sin acostumbrarnos á callar y á rumiar pacientemente el deleitoso sosiego de su vida obscura.

Un día nos cuadriculan y encasillan como si fuéramos anónimos diputados rurales; otro, nos aconseja un sabio joven que es cosa ridícula eso de subir en el púlpito y adoctrinar á las muchedumbres; otro, cualquier burgués congestionado nos tiende la mano para prestarnos algún auxilio que estamos muy lejos de necesitar, y siempre, el coro de los fracasados, de los imbéciles ó de los pordioseros que limosnean un huequecito en nuestra humilde revista, mueven la cabeza tristemente cada vez, que acertamos con el látigo y nos fingen una compasión que no han sentido nunca. «Estos muchachos tienen trastornada la cabeza con lecturas perniciosas. No hagamos caso de sus majaderías.»

Así dicen los tales y quieren que colguemos las disciplinas y que dejemos el cultivo de nuestras queridas aficiones, luchando, con nosotros, por medio del ridículo. El ridículo es el arma de todas las medianías, de los envidiosos todos. La burla es la cosa más accesible para los equilibrados. La risa es la matadora de las energías, el recurso supremo de los apreciables *clonios* de GENTE JOVEN.

No há muchos días que un periódico de Madrid, que goza de excelente crédito entre ciertas personas sensatas (usureros, mamás pudientes, seminaristas, burgueses, luises) enumeraba nuestra Revista entre las publicaciones libertarias españolas, junto á la *Revista Blanca*, la *España Moderna* y la *República de las Letras*. Aquella piadosa clasificación—que á mí, personalmente, me dejó tranquilo—era un trallazo de uno de nuestros más insignes mayores, para alentar el desprestigio con que quieren envolvernos. Como no pueden ponernos un cartelón en las espaldas, para que sirvamos de espectáculo de feria, nos quieren hacer un insulto tabernario por la intención é inocente por el fondo. Y si les replicamos con nuestro silencio—con este silencio compasivo que tanto les revuelve—tornan á su monótona canción de «¡cosas de intelectuales! ¡cosas de los devotos de Unamuno!»

Pero venid acá, espíritus soeces, almas de cántaro, viejos del diablo; venid acá y confesadme con toda seriedad, con toda la seriedad que yo pongo en estos ataques: ¿por qué nos aborrecéis tanto? ¿Por qué os empeñáis en esta campaña anónima en que siempre llevaréis la peor parte? ¿A qué vienen estas añagazas, tanta obstinación violenta, tanto embuste continuado? Me diréis, ya lo sé, que no os dejamos tranquilos, que nuestros artículos llevan gérmenes de rebelión, que detrás de la literatura se esconden arranques pasionales, aires de juventud, algo que os ofende y que disuena en vuestros oídos, cargados de la cerilla del convencionalismo.

Agregaréis que todo eso del intelectualismo es ya un espadón mohoso que no podéis llevar al combate. Afirmaréis—si cabe en vuestro espíritu sinceridad y crudeza—que lo que sentís

no es desdén, ni compasión, sino envidia, ruin envidia. Y acabaréis la confesión diciéndome que vuestros consejillos están dictados por el miedo, lo mismo que vuestra eterna adulación.

Nosotros aborrecemos, como *Brand*, la genial creación de Ibsen, á todos los consejeros, á los malos y á los buenos, sobre todo á estos últimos. Necesitamos espuelas que nos lleven, desalentados, á la lucha, no frenos compasivos

que nos detengan en la marcha. Necesitamos que llegue á nuestros oídos el eco del clarín guerrero, no que nos muestren el estandarte blanco de la paz.

Y viviremos, cayendo un día y levantándonos otros, despreciando vuestras campañas indecentes y colgaremos la pluma cuando os hayamos desenmascarado á todos.



FULANO SANCHEZ

por PABLO MEHIOFER

L muchacho había crecido sano y robusto entre los tomillares del encinar. A toques del paisaje castellano se le había ido elaborando el espíritu y era su vivir primitivo, vivir de prehistoria, entre bestias fuertes y gentes sencillas. Salía á la luz tibia del amanecer, á través de su llanura fecunda regada por las maldiciones de los humildes, y entraba en su caseron de testera roja, al morir la tarde en los montes ásperos. El único gozar de su vida era correr á través de los tomillares grises en busca de las perdices esquivas que anidaban en su campo.

Un día otoñal, al nacer el sol tras el encinar, mi pobre Sánchez con amargura en el espíritu abandonó su caserón primitivo entre llantos ingenuos y besos sonoros; iba allá á la ciudad lejana que duerme tendida entre campos secos, á beber ciencia en las secas ubres de unos cuantos señores doctorados y serios. Mi pobre Sánchez vertió sobre sus surcos salinas lágrimas que fecundaron los trigales verdosos; sentía dejar sus reses fuertes que dormitaban en el prado de yerbas altas; y era su único pensar para el caballo jaro que allá en la cuadra relinchaba sonoramente.

El miedo á la ciudad le entró en el alma, se veía sujeto ante un librote áspero que le bebería el seso y temía quebrar para siempre su vivir primitivo entre jarales y bestias.

La luz del sol llenaba su campo de matices fuertes y un temblor seco de su espíritu raquíptico le hizo presentir su nueva vida.

—Señor Fulano Sánchez. Decline capra. Mi buen Sánchez comenzó: Nominativo, capra..... capra..... y se paró en seco. Le vino á la mente su campo donde las reses salvajes pastan y tras las reses el recuerdo de su casa tumbada en la loma, y luego el llanto. Lloró al pensar que acaso la *Dorá* para algún churro jaro, mientras él allí aguanta á pie firme los golpes del señor barbudo. Lloró pensando en que tiene que pasar aun ocho meses de agonía seguida.

Mi pobre Sánchez no puede digerir las cosas que á empujones se empeñan colarle en el intelecto. Él, criado al sol, no transige con estar bajo estos techos aplastantes, él vividor de una vida libre no se adoptará jamás á pasar arrastrándose estos días otoñales de ciudad, neblinosos y húmedos.

Ha llegado un día feliz para mi buen Sánchez; aquí, en la ciudad, se encuentra paseándose por sus anchas calles, Cuti, el pastor de zamarra fuerte. Sánchez no le ha soltado en el día entero; quiere que le cuente la vida de por allá, cómo está el churro *Negro*, y el cotral *Dorao*, cómo se encuentra su potro nuevo y su yegua la parturienta.

Nada, no sirve, él no puede seguir aquí, es necesario que le diga á el padre, que se aburre soberanamente, que ansía volver á sus campos verdeantes, que ni una vez por casualidad pensó en someterse á este vivir indecente donde unos cuantos misingüines llevan la vara en alto.

Ha marchado Cuti de la ciudad después de intensificar en él el recuerdo de su casa roja, y Sánchez ahora más que nunca, ansía volver á sus encinares grises. Los libros duermen en la mesita de pino.

Va llegando la Primavera. Despierta la vida en la llanura terrosa con estallar de cantos, y germinar de flores, Sánchez en su cuartucho donde la luz de fuera se entibiece, menea los libretos secos pensando en el gozar que le espera. Su padre le dice:

—En tí confío, quiero que vuelvas lleno de saber.

El muchacho se atraca de renglones largos y de nombrajos raros, piensa que acaso así le venga más pronto el día de marchar, y cree que con esto sólo, se va á la meta, á donde su buen padre ansía que llegue.

*
* *

A fuerza de moverse el García de acá, y el Sánchez de allá, ha vuelto el muchacho á su casita roja lleno de alegría y con la patente de saber en el bolso.

Los besos de la madre han sido sonoros y el padre orgulloso le ha recibido, abiertos sus brazos de gigante primitivo.

*
* *

Los meses de estío pasaron sobre Sánchez cuajando en su alma los sentires de su niñez y ligándole al terruño áspero, con lazos fuertes.

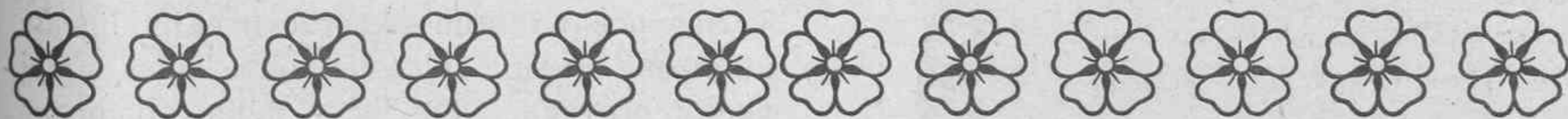
De nuevo había que volver á la Ciudad y de nuevo el muchacho lloró sobre los surcos. Más que antes, ahora, sentía abandonar el campo donde se hizo, y un desfallecimiento hondo sintió latir en su alma de labriego, nacida en los tomillares, y crecida en las laderas, donde los espinos brotan.

Pero era necesario: no quería su padre que el rapaz siguiera como él, sin saber pensar si quiera.

El muchacho volvió á la ciudad y de nuevo el hastío se le metió en el espíritu. Tiró los libretos á un rincón obscuro y se dedicó á gozar la vida libre, fumando por las calles, y trabajando ardientemente por convencer al padre, de que aquello del estudio era tonto, y propio sólo de pobretones indecentes que buscaban allí la conquista del porvenir.

Se le fué encalleciendo lentamente el cerebro; en el se quebraban las ideas; se cerró para siempre á los aires de fuera. Llegó el hartazgo de las cosas intelectuales y una tarde de tibia luz partió para siempre, aburrido y mustio hacia sus campos fecundos.

Sánchez, el *fracasado del Bachillerato*, crecerá como Gamarza en Primavera y á la larga unirá su suerte con alguna prima sana, y no dará á la humanidad más que una generación de hijos idiotas.



EL NOMBRE DE PEPE

por JOSÉ M.^a DE ONÍS Y SÁNCHEZ

Me gusta el nombre de Pepe
Porque se pega á los labios,
El de Manuel no me gusta
Porque no se pega tanto.

(Cantar popular).

I

Cantaba la niña
La copla en la reja,
Y el canto en los aires
Vibraba con fuerza.

Siempre la chiquilla cantaba lo mismo
Y siempre la copla llevaba con ella
Envuelto en los aires un dulce suspiro,
Una alegre nota de música tierna.

Cuando con su madre
Sentada á la puerta

Las tardes de estío cosía los trapos,
Cantaba la niña la misma copleja,
Y cuando cantaba, decía riendo:
¡Si Pepe me oyera!

Y luego miraba
Con ansias inmensas

Aquel caminito por donde su Pepe,
Lleno de alegría, viene á hablar con ella.

Y está repitiendo,
Con ánsia, la nena,

¡Se pega á los labios el nombre de Pepe!
Es cierto que el nombre de Pepe se pega,
Que en mí lo estoy viendo. Cuando lo pronuncio
No puedo soltarlo por más que lo quiera,
Por eso, en los labios tengo á todas horas

La misma cantera.

Y siempre que canta, su madre le dice:
¡Por Dios, hija mía! ¡Me traes la cabeza
Siempre con lo mismo
Que me da cien vueltas!

¿Por qué no te callas, si quiera un momento?
¿Por qué ni un instante tranquila me dejas?
¡Jesús, qué chiquilla! ¡Me estás abrumando!
¡Qué mala cabeza!

Tan sólo un minuto la niña se calla,
Pero al poco rato más fuerte comienza.

¡Qué guapa es Carola!
¡Qué hermosa y qué buena!
Tiene dos ojillos
Como dos estrellas.

¡Tan blanca su cara! ¡Sus labios tan frescos!
Parece una rosa. ¡Qué gusto da verla!
Y siempre que canta, su voz es tan dulce,
Que alientos del cielo parece que llegan,
Que endulzan el alma,
Que quitan las penas...

II

Desde hace algún tiempo no se oye á Carola;
La copla de amores los aires no llena;
No canta la niña
La copla en la reja;
Su canto en los aires
No vibra con fuerza.

No cose los trapos con su viejecita
Las tardes de estío sentada á la puerta.
La niña, como antes, no mira al camino
Por donde su Pepe iba á hablar con ella,
Su madre se calla, ya nunca la riñe,

La ve siempre triste, llorando de pena;
Están apagados aquellos dos ojos
Como dos estrellas.
Se han vuelto marchitos aquellos dos labios
De frescos que eran,
Y ya no parece su cara una rosa;
¡Qué pena da verla!
Su cara ¡tan blanca!
Está amarillenta.
Está más hermosa, con esa hermosura
Que da la tristeza,
Ya no salen cantos de aquella garganta.
La copla no lleva,
Como antes, suspiros y notas alegres
De música tierna.
La niña no canta,
Del cielo no llegan
Los puros alientos que endulzan el alma,
Que quitan las penas...
Pero todavía el nombre de Pepe
A sus fríos labios con ánsia se pega.

Su Pepe se ha muerto.
Carola no vive, se muere de pena...



Arturo Núñez, autor del melodrama *La Semilla del pecado*, que se estrenó con gran éxito hace unas cuatro semanas.

Por haber pasado la oportunidad no publicamos la crítica que dicha obra se merece.

Sólo nos permitimos aconsejar al inteligente autor que prosiga cultivando las letras que si no dan provecho, dan, en cambio, nombre, y son tan estimables como las ciencias en las que ha triunfado nuestro simpático paisano.

Gentes como Núñez, que mezclan á la aridez de la ciencia los jugos de la poesía, están haciendo falta en este país, donde la pobreza mental reina, y donde las inteligencias suelen ser unilaterales.



CRÓNICAS DE ACTUALIDAD

LOS MOZOS TRISTES

por MANOLO



Es innumerable la cãsta de los mozos tristes, la formada por los enemigos de la vida, la de los avejentados del espíritu. Son estos pobres escolares, los que rumian su texto y su lección como los asnos hambrientos pastan en la verde yerba. Jamás

han escondido en su magín degenerado ideas redentoras ni en su corazón seco ilusiones jóvenes.

Yo les tengo compasión, á ratos; á ratos odio. Hay que verlos, en estos días, por esas calles de Dios, solitarios, enfermizos, pensando en las Pandectas ó en el Digesto, en la solución

de problemas matemáticos ó en preparaciones microscópicas, en la fecha que se celebró tal concilio ó en el día exacto en que dieron nuestros antepasados la batalla de San Quintín. Hay que escucharles rumiando debilmente con sus vocecitas amariconadas lo que aprendieron en clase. Hay que contemplarles en sus conversaciones exentas de calor, en sus ilusiones secas de jugo, en sus envidias por la nota, en sus afanes de seriar, en sus aficiones cronométricas, sujetas á compás.

Estos buenos muchachos, orgullo de sus padres y de sus madres, faro de su pueblo y esperanza de su patria, no han guerreado nunca. Jamás han asistido á ninguna reunión ni chillado en un motín. En las cuestiones escolares han estado siempre al lado de sus catedráticos. En los negocios públicos se han inclinado por la sensatez y el orden. En cosas de religión, se han inscrito en una santa academia y han comulgado anualmente, aunque hayan sentido en sus adentros anhelos íntimos de regeneración espiritual.

A la Plaza, no asisten nunca. Pierden el tiempo irremisiblemente. Ellos viven para estudiar, para repetir mecánicamente conceptos que no entienden, para atosigarse de ciencia muerta y de papelotes rancios. No leen nunca, sobre todo libros recientes, porque la impiedad va penetrando en todas partes. Ellos necesitan vivir equilibrados, en perfecta sanidad mental, sin inquietudes ni desmayos, adelantando en el camino de la formalidad y de la ciencia.

Resisten todo lo que sea juventud, ansia de rebullir, afanes locos de gloria. Se apartan, cuidadosamente, de los que incitan á la holgura, de los revoltosos que siembran alarma, de

los degenerados que se permiten, anárquicamente, hacer su vida normal en estos días de gloria para los avejentados.

Estos pobres séres viven en perfecta armonía unos y otros. Se necesitan esfuerzos gigantes para romper en girones la fuerte malla que les aprieta mutuamente. Quieren formar una casta, inaccesible á los vagos y á los inteligentes que no comulgan en su iglesia. A estos últimos les aborrecen sobre toda ponderación. Ellos, los pobres, no pasan de las cuatro paredes del claustro y sus compañeros vociferan llegando sus chillidos á todas partes. Y á los vagos les miran con cara de compasión, con ojos de superioridad, cuando sienten por ellos, debajo de la máscara en que encierran su debilidad, una envidia tremenda por no haberse revelado nunca.

Estas noches no duermen pensando en si Fulano ha de quedar por cima de ellos en los exámenes. Les mueven las más bajas pasiones. Y el sueño no es dulce. No es descanso del fuerte que pelea, sino el desvelo del ruin que está al acecho. Y no mantienen en las horas quietas, su estéril fantasía con esperanzas dulces, ni con afán de luchas.

Piensan en el modo de cabildear en la Escuela, en el sonsonete de su lección, en el modo de saludar coquetamente al Catedrático, alma de sus almas, cuando este, mañana les devuelva el saludo con el gesto reglamentario del examinador.

Mañana, estos empollones (como se les llama en nuestra jerga pintoresca) serán los neutros, los egoistas, los que arrastrarán su dignidad por el lodo para vivir *independientes*.



UN ESTRENO

por R.

EL 20 de Mayo tuvo lugar, en el teatro del Liceo, el estreno del drama *Conrado*, de nuestro querido amigo y colaborador D. Cándido R. Pinilla.

No hemos de hacer reseña del argumento por haberla hecho ya los periódicos locales. Pero sí hemos de decir que nuestro amigo triunfó como poeta y como dramaturgo.

El verso fácil y sonoro cautivó al auditorio.

Y el carácter sostenido de los personajes, el conocimiento acabado de la técnica teatral, la bellísima exposición del primer acto y el desenlace, humano, natural, sin rebuscamientos ni embarazos, demostraron que Pinilla es artista y artista de buena ley.

Poco partidarios nosotros de elogios, con el señor Pinilla somos justos. Reconocemos, efectivamente, algún defecto en su drama, pero de

tan poca monta y de tan sencilla supresión, que no es cosa de poner la cara fosca y de actuar de aristarcos intransigentes.

Era nuestro deseo haber dedicado mayor espacio á este asunto. Pero nuestras ocupaciones actuales nos lo vedan completamente.

Sí queremos, no obstante, protestar de la actitud de algún periódico con la producción de nuestro amigo, que hizo una crítica un tanto exajerada sin duda para demostrar su suficiencia algún redactor intelectual de dicho periódico.

A Pinilla le decimos sin rodeos que fué un acierto impropio de un autor primerizo en el arte dramático.

Nuestra enhorabuena más entusiasta.

A continuación copiamos la escena décima del acto segundo del citado drama.

“CONRADO”

Drama original de D. Cándido R. Pinilla

ACTO SEGUNDO

Escena 10

Soledad y Conrado

SOLEDAD. Algo Conrado de extraño en tu proceder advierto que á explicármelo no acierto aunque en verdad siento el daño.

CONRADO. (Aparentando indiferencia.) ¿En mí?... nada.

SOLEDAD. (Con amargura.) En vano intentas ocultarlo de esa suerte. El mal, bien claro se advierte Y al ocultarlo, lo aumentas.

CONRADO. Bien: en mostrarlo consiento pero otra cosa no esperes que saber, que tú no eres la causa del mal que siento.

SOLEDAD. No Conrado, no es así.

CONRADO. A jurártelo me obligas.

SOLEDAD. ¿Por qué entonces me castigas?
¿Por qué te vengas en mí?

CONRADO. ¿Yo?

SOLEDAD. ¡Viéndolo estoy, Conrado!
¿Dónde está tu afán constante de buscarme á cada instante, de venir siempre á mi lado, como si en todo momento te fuera cosa precisa para reír, mi sonrisa para respirar mi aliento?

CONRADO. ¿Es que dudas de mi amor?

SOLEDAD. Y ya mis dudas no acallo.
¡Si le busco y no le hallo!
¿No he de dudar?

CONRADO. ¡Por favor!
Mis pesares no acrecientes haciendo á mi amor agravios; que eso lo dirán tus labios pero no, tú, no lo sientes. De mi loco amor no dudas que me enojan tus audacias. Que eso es dudar de tus gracias y dudar de tus virtudes, que tras el diáfano prisma de tu hermosura entreví. Que eso no es dudar de mí sino más bien de tí misma.

SOLEDAD. ¿Y por qué entonces te alejas de mí y huyes de mi lado?
¡No es con palabras, Conrado, como se calman mis quejas! Pues de palabras no fío que trae y que lleva el viento; que ya tras las tuyas siento el hielo de tu desvío.

CONRADO. No escarnezcas la pasión de que se nutre mi vida y que cual hiedra florida arraiga en mi corazón, que ella es aún mi consuelo; que en ella mi bien se encierra haciéndome ver la tierra como un paraje del cielo. Que tanto en mí habla ese amor que á veces falto de juicio pienso que hasta el sacrificio merece, del propio honor.

SOLEDAD. ¡Oh! no hables ya como un loco que el honor es aún más santo y yo no te exijo tanto.

CONRADO. (A media voz.) ¡Ni yo lo diera tampoco!

SOLEDAD. Me basta, con que no seas ingrato á mi amor Conrado.

CONRADO. Si alguna vez lo has pensado ni lo temas ni lo creas

SOLEDAD. Es decir, que mis recelos, que estos sentidos temores no han sido en nuestros amores más que una nube en los cielos. ¡Sí, sí; dime que es verdad mi bien: mi dicha futura!
¡Que es cierta nuestra ventura!
¡Cierta mi felicidad!
¡Que el sueño de nuestra unión en que se cifró tu empeño, es aún tu placer; tu sueño tu más querida ilusión.

CONRADO. ¿Es que aún temes?

SOLEDAD. Es que oí
á esa funesta mujer
y me hizo acaso creer...

(Con pasión y como arrepentida de sus dudas.)

No; yo solo creo en tí.

CONRADO. (Con cariño y amargura.) Sola, la verdad te debo
aún cuando ella aumente el daño.

Ni á la ficción ni al engaño
me acomodo, ni me atrevo.

(Acercándose.) Un instante escuchame.

SOLEDAD. Habla que yo lo reclamo.

CONRADO. Aunque yo te he amado y te amo
con la misma ardiente fé,
el cielo una sombra obscura
pone á nuestro amor delante.
Cierto es mi amor y constante.

SOLEDAD. ¡¿Cómo?!

CONRADO. Aunque yo soy el mismo

del porvenir desconfía.

Puede abrirse todavía
entre los dos un abismo.

SOLEDAD. ¡¿Qué dices!?

CONRADO. No diré más.

SOLEDAD. Algo de infame y funesto
anda oculto en todo esto.

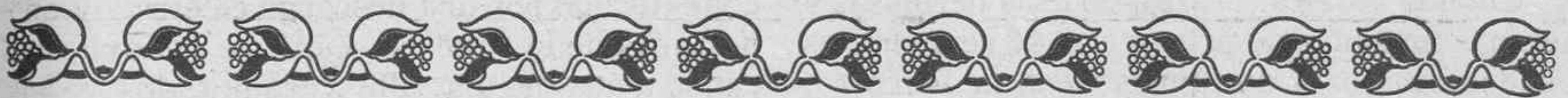
CONRADO. ¡Algún día lo sabrás!

SOLEDAD. ¡Ah! ¡Lo que acaso temí!
¡Que mi amor murió en tu alma!

CONRADO. Silencio y tengamos calma
que alguien viene ya hacia aquí,
y nadie quiero que entienda
lo que entre ambos ha pasado.

BLANCA. (Entrando.) Solita: bien has tardado
(Corre á saludarla.) Qué cara te vendes prenda.

.....
.....



DE ACTUALIDAD CINEGÉTICA

LAS CODORNICES

por JUAN DOMÍNGUEZ DELGADO

PARA un cazador de *pura sangre* nada hay más agradable que la caza de este pájaro africano. Hace su entrada en esta provincia á mediados de Abril y desde esta fecha hasta primeros de Agosto, que han acabado de hacer sus crias, se las busca en los rastrojos, se las caza en las tierras sembradas de cereales y de algarrobas y en los prados de abundantes pastos frescos.

De varias maneras se pueden cazar las codornices, pero yo me voy á ocupar únicamente de la llamada *al salto* por ser para mí, como para todo cazador que tenga la afición bien puesta, por la que sentimos predilección y en la que el goce que se experimenta no tiene límites.

Pasaré á examinar las distintas clases de perros que al efecto se emplean. Son innumerables las castas de perros que existen, y es muy difícil precisar cual de ellas sea la mejor, pues cada una es apropiada á determinada clase de caza y requiere clima y suelo distintos. No obstante, se debe pretender sacar de un perro todo el partido posible, dándole por medio de la educación el mayor número de aptitudes.

Nos ocuparemos únicamente de los perros llamados de *muestra* ó de *parada* por poseer el instinto de detenerse á determinada distancia de la pieza, que han rastreado ú olfateado. No hay pues necesidad de enseñar á *parar* lo que sucede á veces es que el perro pierde este hábito por haber caído en manos de un cazador inexperto.

A ningún perro que esté de muestra se le debe jamás mandar *entrar* ni azuzarle, sino dejarle en su posición, aunque sea una hora, so pena de quitarle la *parada* y echarlo á perder.

Los llamados de parada son: *Setter*, *pointer*, *pachón* y *perdiguero*.

El *Setter* supera en *vientos* á todos los demás y prueba de ello es, que casi todos cazan con la cabeza levantada; pero tiene el grandísimo inconveniente que cuando coge un rastro, debido á su fogosidad, no se le puede sujetar saliendo del círculo, cuyo radio es el alcance de los *plomos*; este sólo se evita cazándoles desde muy pequeños no olvidándose el *látigo perrero* en casa, mandándole se esté quieto y castigándolo todas las veces que desobedezca.

En el extranjero se enseña á estos perros á echarse en el suelo á la voz de *á tierra* cuando

están puestos. Es muy bonito, muy elegante pero tiene el inconveniente de que el perro no ve el sitio donde cae la pieza para *cobrarla*. Así es que los ingleses, que usan este sistema, llevan además otro perro, que llaman *el retriever*, cuya misión consiste en traer las piezas muertas á la mano.

El *Pointer* no tiene tantos vientos pero se le educa con menos trabajo que el *Setter*.

El *Pachón* se caracteriza por su pesadez excesiva, es un buen perro para cazadores de cierta edad que ya no tienen las piernas tan fuertes y ágiles como en tiempos pasados.

Y el *Perdiguero*, que posee unas *narices* regulares y no es pesado, con la buena cualidad de ser muy obedientes, creo, á mi juicio, es el tipo más adecuado á nuestra región.

Visto y alas cuatro clases distintas de perros de *muestra* pasaremos á ver como se caza con ellos.

Cuando al rayar el alba, en esas hermosas y serenas mañanas de primavera, se reúnen tres buenos amigos y discípulos de San Huberto, nada hay más delicioso para ellos que aquel encanto de la naturaleza y es de pronto interrumpido el silencio que reina en esos sitios y á esas horas por el *tá... tará, tá... tará* de la codorniz.

—¡Ya la he oído—dicen los tres simultáneamente, y se disponen á buscarla mientras otra, y otras y ciento, saludan al nuevo día con su valiente *tá... tará, tá... tará*.

Los acostumbrados perros, al oír el penetrante canto, se ponen de manos, aguzan sus finas orejas, abren desmesuradamente sus brillantes ojos y moviendo muy de prisa su flexible cola, parece que quieren decir: "Vamos á ellas,,."

Yo creo que disfrutan tanto como su amo

cuando *paran* una codorniz y al salir volando esta se echa la escopeta á la cara y la cae al suelo; pues entonces hay que ver con qué alegría y con qué orgullo se acerca al cazador con ella en la boca, como diciéndole: "Aquí la tienes, he cumplido con mi deber,,."

Los impacientes cazadores, á su vez, cargando sus escopetas, dicen: "¡Vamos!," y ambos y perros se tienden en ala y empieza la cacería.

El afortunado que tenga un *Setter* fino y bien educado, puede considerarse en aquel momento de los hombres más felices de la tierra; por eso de que, *el que tiene ó lleva narices, mata codornices*, y es de ver á un buen perro de vientos altos, ligero de remos, pero obediente, *tocar* una codorniz.

La codorniz, seca y enjuta de su largo viaje, se *corre* y el perro se agita nervioso, galopando de un lado para otro, olfateando, hasta que por fin la encuentra y se pára instantáneamente como tocado por una descarga eléctrica y en la postura que le coge así se queda, inmóvil, indicando á su amo que allí, cerquita, dos palmos de su hocico está su deleite.

El amo se acerca al perro, y si la codorniz, en vez de salir volando se corre otra vez, entonces, el perro, redobla su trabajo describiendo círculos en forma de espiral, hasta que por último, en uno de ellos la corta y la para. Acércase nuevamente el cazador y si la codorniz acosada, *abre las alas*, la apunta sereno, cierra con ella, la mata, el perro la trae á la mano del cazador y éste la echa en el morral.

Esto, repetido diez, quince y hasta veinticinco veces en un día, satisface y entusiasma al aficionado más exigente, sirviendo á la vez que de entretenimiento, de una buena higiene para las personas delicadas.



Con el presente número comienza el tercer trimestre de esta Revista; rogamos á los suscriptores de fuera, que aun están en descubierto, se sirvan enviar el importe de lo que adeudan, en sellos de correo ó libranzas de la Prensa, á esta Administración, Plaza de la Libertad, 10, Imprenta; pues de lo contrario nos veremos precisados á suspenderles el envío de "Gente Joven,,."